

Crisis y teorías de las crisis

19/08/2009

Esquemáticamente, la tradición marxista se ha dividido en dos grandes tendencias: las teorías subconsumistas ligadas o no a las teorías del desequilibrio entre los sectores de la producción capitalista dentro de la reproducción del capital, y las teorías del funcionamiento del valor del capital basadas en la sobreacumulación de capital en relación con su valorización, es decir, en la tendencia al descenso de la tasa de beneficio. Por un lado, toda la ortodoxia o disidencia socialdemócrata desde Bernstein hasta Rosa Luxemburgo, pasando por Kautsky y Hilferding¹; por otro, una minoría de francotiradores teóricos, como Grossman y Paul Mattick².

Si esta crisis nos obliga a efectuar este retorno teórico, es porque nos enfrentamos a una doble evidencia contradictoria: por un lado, la única teoría marxista coherente de las crisis es la desarrollada por Paul Mattick³, es decir, la que se basa en la tendencia al descenso de la tasa de ganancia; por otro lado, *esta crisis es una crisis de subconsumo (es y no «aparece como»)*. Nuestra principal confrontación teórica en tanto confrontación productiva sólo puede ser con las tesis de la sobreacumulación de capital en relación con sus capacidades de valorización, es decir con Mattick y sus dos principales obras sobre la cuestión: *Marx y Keynes* (Ed. Era. México, 1975), y *Crisis y teoría de la crisis* (Ed. Península, 1977).

Mattick sostiene la tesis marxiana fundamental sobre las crisis, pero de manera unilateral: «Desde el punto de vista de Marx, las diversas teorías existentes acerca de las crisis, que categorizan el problema bien como subconsumo o bien como sobreproducción de mercancías —un aspecto implicando al otro y envolviendo ambos el problema de la realización—, sólo describen los aspectos externos del mecanismo de la crisis capitalista. La periódica sobreproducción de los medios de producción y de mercancías que impide la realización de la plusvalía es, según Marx, solamente una sobreproducción de medios de producción que no puede servir como capital, esto es, no puede servir para la explotación del trabajo a un grado determinado de explotación. Y aunque la sobreproducción de mercancías es un hecho obvio, la teoría de Marx no es una teoría del subconsumo. De acuerdo con Marx, la producción capitalista está, y debe estar siempre, en oposición con el poder de consumo que produce, en períodos de prosperidad tanto como en períodos de depresión. No es un “poder de consumo” creciendo en proporción con la producción lo que puede explicar la creciente demanda social de bienes de consumo en el período ascendente del desarrollo del capital; es simplemente el mayor número de trabajadores que son empleados entonces.» (*Marx y*

1 Bujarin y Lenin rechazan las tesis subconsumistas en favor del desequilibrio entre los sectores de producción y en última instancia, en favor de la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada.

2 A esta tendencia hay que añadir la escuela del Capitalismo Monopolista de Estado (CME), encabezada por Paul Boccara.

3 Cuando no especificamos, nos referimos a Paul Mattick (1904-1981) y no a su hijo, también llamado Paul Mattick (Junior, Jr), que también es un teórico de la economía marxista, y algunos de cuyos artículos recientes tendremos que comentar.

Keynes, p. 64). Es cierto que Mattick repite aquí un párrafo del capítulo sobre *Las contradicciones internas de la ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia*: «Una sobreproducción de capital jamás significa otra cosa que una sobreproducción de medios de producción —medios de trabajo y medios de subsistencia— que puedan actuar como capital, es decir que puedan ser empleados para la explotación del trabajo con un grado de explotación dado; pues la disminución de ese grado de explotación por debajo de un punto dado provoca perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital.» (*El Capital*, Siglo XXI, Tomo III vol. 6, p. 328). Cabe señalar que, dentro de esta repetición, Mattick pasa completamente por alto el fenómeno de la «pauperización relativa» inherente a las fases de expansión.⁴

Y aun así: «La razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite.» (*El Capital*, Siglo XXI, Tomo III vol. 7, p. 623).

A partir del momento en que, bajo la subsunción real del trabajo por el capital, el subconsumismo ya no tuvo por horizonte más que la gestión bajo diversas formas del modo de producción capitalista, una teoría revolucionaria de las crisis tenía que ser antisubconsumista. Mattick nunca historiza su punto de vista, simplemente se conforma con decir que es el verdadero punto de vista marxiano sobre las crisis, y que los demás son erróneos. Sin embargo, la «vuelta» a la caída de la tasa de ganancia se efectúa mediante la crítica y la polémica del subconsumismo, y queda, en Mattick, indeleblemente marcada por ella. Volver en estas condiciones a la tendencia a la baja de la tasa de ganancia supone desarrollar unilateralmente esta teoría de las crisis como tendencia al descenso de la tasa de ganancia. Supone encerrarse en una oposición que uno mismo ha creado (en condiciones históricas e ideológicas particulares). La teoría de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia se impuso como la única capaz de dar cuenta del carácter histórico del modo de producción capitalista y de su caducidad, dentro de un sistema en el que los intercambios exteriores al sistema se habían vuelto marginales y en el que la reproducción de la fuerza de trabajo estaba integrada en la reproducción del capital.

La elección de esta teoría no se produjo sólo por defecto; es la única que vuelve a situar en el centro de la contradicción del sistema la explotación de la clase obrera como dinámica y límite del propio sistema. El proletariado es comprendido como clase revolucionaria, no porque sea la clase sufriente y el ejecutor mejor situado de la sentencia que el sistema pronuncia contra sí mismo, sino porque es su propia existencia y su propio papel en el sistema lo que está en juego en esta contradicción que las crisis ponen de manifiesto. Mattick no llegó a desobjetivar la contradicción que representa la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, pero todo estaba listo para hacerlo.

El problema que tenemos con Mattick es haberse quedado encerrado en esta dicotomía, en esta partición antitética de la teoría de la crisis entre la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y el subconsumo obrero (la cuestión de la realización). La caída de la tasa de ganancia «se manifiesta por medio de los fenómenos del mercado»

⁴ «Que si el capital crece rápidamente, pueden aumentar también los salarios, pero que aumentarán con rapidez incomparablemente mayor las ganancias del capitalista. La situación material del obrero habrá mejorado, pero a costa de su situación social. El abismo social que le separa del capitalista se habrá ahondado.» (Marx, *Trabajo asalariado y capital*, Ed. Progreso, p. 37).

(*Crisis y teoría de la crisis*, p. 29): para Mattick, la cuestión de la realización se refiere siempre al ámbito de la apariencia, de la manifestación, en relación con una realidad verdadera y esencial que es la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

«El verdadero límite de la producción capitalista lo es *el propio capital*, es este: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción solo es producción para el *capital*, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la *sociedad* de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio —desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales— entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción.» (*El Capital*, Ed. Siglo XXI, Tomo III vol. 6, p. 321) Marx no establece aquí la existencia de una contradicción entre la producción capitalista y «las necesidades sociales reales» (como sostiene Mattick, *Crisis y teoría de la crisis*, p. 32); sólo afirma que el modo de producción capitalista es un modo de producción transitorio. Las «necesidades sociales reales» no son uno de los términos de una contradicción; al contrario, sólo se trata de aclarar de qué no se está hablando ni tratando aquí. La contradicción presentada aquí es *interna* al modo de producción capitalista: los límites dentro de los cuales se mueven la conservación y el crecimiento del valor se basan expresamente en «la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores», y esos límites entran en conflicto con «el aumento ilimitado de la producción».

Las relaciones de distribución y consumo que Marx presenta como el otro término de la contradicción son explícitamente las relaciones antagónicas específicas de la sociedad capitalista: «Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no sólo en cuanto a tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas sólo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras que las otras sólo lo están por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos. Además, está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar el capital y producir plusvalor en escala ampliada. [...] Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo.» (*El Capital*, Tomo III vol. 6, pp. 313-314). Estas pocas líneas son esenciales, pues aquí sobreacumulación y subconsumo están más que vinculados, *están identificados como*

un único proceso contradictorio. La teoría del subconsumo es falsa si uno se contenta con decir que la crisis tiene su origen en el subconsumo de las masas, es decir, si no se la justifica mediante la tendencia a la acumulación, es decir, si se mantienen los términos de la contradicción en una relación de extrañeza entre sí; ahora bien, tanto la tendencia al carácter ilimitado de la producción como el subconsumo de las masas son la razón de ser recíproca del otro: la producción está limitada por los estrechos límites de las relaciones de consumo, que a su vez están limitadas por la tendencia a la acumulación. La teoría subconsumista es falsa y no permite, sobre su base, pasar a una teoría única que identifique subconsumo y sobreacumulación (la teoría de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia); la teoría de la sobreacumulación es correcta: a condición de desarrollarla al margen de la dicotomía de las dos teorías, permite pasar a una teoría única.

«El desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se revela en dos aspectos: en primer lugar, en la magnitud de las fuerzas productivas ya producidas, en el volumen de valor y la masa de las condiciones de producción bajo las cuales tiene lugar la nueva producción, y la magnitud absoluta del capital productivo ya acumulado; en segundo lugar, en la relativa exigüidad de la parte de capital desembolsada en el salario con relación al capital global, es decir en la relativa exigüidad del trabajo vivo que se requiere para la reproducción y valorización de un capital dado, para la producción en masa. Esto supone al mismo tiempo una concentración del capital.» (*El Capital*, Tomo III vol. 6, p. 317). Si seguimos atentamente el curso del desarrollo de la productividad social del trabajo, veremos que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, inherente a este desarrollo, es idéntica a la caída relativa de la parte desembolsada en salarios, mientras que la masa de la producción y la plusvalía que contiene aumentan en proporción al desarrollo de esta fuerza productiva social. De ahí que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia sea idéntica a un problema de realización. «Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista [el subrayado es nuestro] y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes.» (*El Capital*, Tomo III vol. 6, p. 331). Por regla general, la teoría de la sobreacumulación se contenta con la primera frase, la primera parte de esta cita, olvidando el resto, que no es, ciertamente, más que una repetición de la primera formulación, que Marx hace porque su objetivo es también demostrar, contra los economistas, que admiten una sobreproducción de capital, que una sobreproducción general de mercancías no sólo es posible en el modo de producción capitalista, sino que es lo mismo que la sobreproducción de capital. No se trata, como sugiere de forma vergonzante Mattick, de «un error conceptual o una falta de claridad en la expresión» (*op. cit.*, p. 35).

El aumento de la masa de ganancia que permite la acumulación, y por tanto el crecimiento absoluto de los salarios a pesar de su disminución relativa, seguirá provocando el descenso de la tasa de ganancia. En efecto, que la acumulación no afecte a la relación entre el capital constante y el variable es algo excepcional. La acumulación persigue el aumento de la productividad; ahora bien, para que un nuevo método de producción aumente la productividad, debe transferir a la mercancía, tomada por

separado, una porción adicional de valor, por un menor desgaste del capital fijo que la porción de valor que se ahorra debido a la disminución del trabajo vivo⁵. Así pues, la acumulación que permite el crecimiento de la masa de ganancia pese a la caída de su tasa, si bien multiplica las jornadas de trabajo simultáneas, al contrario de lo que parece, no aumenta el consumo obrero en relación con la producción total; y en efecto, así sucede, al mismo tiempo que la tasa de ganancia continúa bajando. En el proceso de acumulación, la caída de la tasa de ganancia es siempre *idéntica* a la limitación del consumo obrero. La sobreacumulación de capital, es decir, la escasez de plusvalor, mediante el propio mecanismo que conduce a ella, no sólo es siempre idéntica, sino que tiene su razón de ser en la necesidad del subconsumo obrero en relación con el aumento de la masa de producción. La escasez de plusvalor, por un lado, nunca significa otra cosa que abundancia por el otro. La escasez de plusvalor en relación con la acumulación supone su abundancia en relación con su realización; entre ambas no hay ninguna primacía ni ninguna relación causal: la caída de la tasa de ganancia es la disminución del trabajo necesario en relación con el aumento de la masa de capital necesaria para contrarrestar la caída de la tasa mediante la masa.

«Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, *bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista* [el subrayado es nuestro]» (*El Capital*, tomo III vol. 6, p. 270). No se trata en absoluto de «capacidad de consumo absoluta», sino de «capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución» (*ibidem*, p. 257). Cuando Mattick explica que de tales observaciones no se puede derivar ninguna teoría de las crisis de base subconsumista ni convertir la realización del plusvalor en el problema principal del modo de producción capitalista, tiene toda la razón, pero sólo tiene razón una vez que se admite la separación entre las dos tesis (sobreacumulación y sobreproducción). En el marco de la separación, Mattick tiene toda la razón contra los subconsumistas, pero lo que es falso es la separación.

«La sobreproducción está condicionada de modo específico por la ley general de la producción capitalista: producir hasta el límite establecido por las fuerzas productivas, es decir, explotar el máximo volumen de trabajo con el volumen dado de capital, sin tener en cuenta los límites reales del mercado o de las necesidades respaldada por la capacidad de pago [nuevamente no las «necesidades sociales»]; y esto se lleva a cabo por medio de una continua expansión de la reproducción y la acumulación, y entonces, por una constante reconversión de la renta en capital, en tanto que por otro lado, la masa de los productores se mantiene apegada al nivel medio de necesidades y tiene que mantenerse apegada a él de acuerdo con la naturaleza de la producción capitalista.» (*Teorías sobre la plusvalía*, Ed. Cartago Tomo II, p. 457).

Puede que parezca que Marx adopta aquí un punto de vista puramente «subconsumista», pero en realidad se trata de la *sobreproducción de capital* a través de la «reconversión constante de los ingresos en capital» y del aumento de la parte *constante* del capital (es esta precisión la que, al no ser formulada explícitamente, hace que la argumentación de Marx parezca puramente «subconsumista») mediante esta reconversión debida a que «la masa de los productores se mantiene apegada al nivel medio de necesidades y tiene que mantenerse apegada a él de acuerdo con la naturaleza

⁵ Esta ley expresa el límite del crecimiento de las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista a pesar de su tendencia a desarrollarlas de forma ilimitada.

de la producción capitalista». La sobreproducción de capital es efectivamente una sobreproducción de mercancías, en relación con la necesaria limitación del consumo obrero para aumentar la riqueza acumulada. Esta limitación es, en efecto, el fundamento de la sobreproducción de capital, siempre que también veamos esta limitación como el crecimiento constante del capital constante en la «reconversión de los ingresos en capital».

Basta con introducir el parámetro c (capital constante) para unificar la teoría de las crisis: la crisis a nivel de los capitalistas individuales y de todos los agentes de la producción y la circulación, y la crisis a nivel de las leyes generales de acumulación del capital global. La contradicción entre la «producción por la producción» y las «relaciones limitadas de distribución y consumo» no deriva simplemente del hecho de que «demasiado ingreso se ha transformado en capital» (eso sería una tesis puramente subconsumista), sino del hecho de que en esta transformación la parte de c aumenta constantemente.

Lo decisivo es que se puede explicar la identidad a partir de la sobreacumulación, pero también se puede hacer a partir del subconsumo obrero. El objetivo de la producción capitalista es, con una determinada masa de riqueza, hacer que el producto excedente o plusvalor sea lo más grande posible. Este objetivo se consigue mediante un crecimiento del capital constante relativamente más rápido que el del capital variable, o movilizándolo el mayor capital constante posible con el menor capital variable posible. La misma causa (la búsqueda de la máxima plusvalía posible) produce el crecimiento de la masa de ganancia y el descenso de su tasa mediante la disminución del fondo del que los obreros obtienen sus ingresos. En la reproducción del capital, esta disminución se convierte en la causa que impide convertir las mercancías en nuevos medios de aumentar la explotación del trabajo. Considerada en este sentido, la relación entre sobreproducción y sobreacumulación se convierte en: debido a que el fondo de consumo obrero se reduce constantemente en relación con la masa de la producción, llegamos, por tanto, a la sobreproducción de capital a partir del subconsumo, es decir, a la imposibilidad de renovar la explotación del trabajo de manera eficiente. No se trata de la posibilidad de una inversión de la causalidad en el paso entre la sobreproducción y la sobreacumulación, porque entre los dos términos no existe ninguna relación causal; se trata del mismo fenómeno bajo dos aspectos diferentes, cada uno de los cuales permite llegar al otro.

En el mismo capítulo de *El Capital* dedicado a las «contradicciones internas de la ley» (capítulo fundamental de la teoría de las crisis), Marx escribe: «Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, tanto más entra en conflicto con la estrecha base en la cual se fundan las relaciones de consumo.» (*op. cit.*, Ed. Siglo XXI, Tomo III vol. 6, p. 314); y un poco más adelante: «[...] periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia.» (*ibidem*, p. 331). La continuación de la última cita es explícita: «Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes.» (*ibidem*)

Si bien podemos elaborar una teoría única de las crisis a nivel estático (aunque ésta sea siempre un proceso), debemos someterla a la prueba de la dinámica, es decir, de la

sucesión de las fases de expansión, inversión y crisis, de la «salida de la crisis». En el marco dualista y conflictivo en el que se mueve Mattick, uno de sus argumentos fuertes, utilizado varias veces tanto en *Marx y Keynes* como en *Crisis y teoría de la crisis*, es que la desproporcionalidad entre producción y consumo no sólo es funcional durante el «buen» curso de la acumulación capitalista, sino que la «salida de la crisis» supone una acentuación de esta desproporcionalidad.

En la fase expansiva, el hecho de que la desproporción sea funcional no significa nada más, como hemos demostrado, que el carácter igualmente funcional del aumento de la composición orgánica del capital. El subconsumo y la sobreproducción de capital son la misma contradicción inmanente a la acumulación, que estalla en las crisis.

El momento de la inversión del ciclo de la expansión en crisis puede comprenderse ante todo en la relación entre tasa y masa de beneficio. Si examinamos ese proceso de compensación del descenso de la tasa por medio del crecimiento del capital, una de sus condiciones de éxito reside en una progresión del incremento de la masa del capital total más veloz que la del descenso de la tasa de beneficio. Además, el crecimiento de la masa del capital no sólo tiene que producirse en proporción superior al descenso de la tasa de beneficio, sino que eso no basta. En el marco de una composición orgánica en alza, para emplear la misma cantidad de capital variable, o mejor aún, más capital variable, es preciso que el crecimiento de la parte constante del capital sea proporcionalmente superior al del capital total necesario para compensar el descenso de la tasa de beneficio mediante su masa. Así pues, una fracción de los ingresos cada vez mayor se transforma en capital constante.

Así pues, el proceso de compensación de la caída de la tasa mediante el crecimiento de la masa del capital, que explica simultáneamente la posibilidad de la prosperidad y la necesidad de que se revierta es, una vez más, absolutamente idéntico a la desproporción creciente entre la producción y el consumo mediante la cual puede continuar el proceso, y a esa misma desproporción entre la producción y el consumo que estalla en la crisis. La contradicción inmanente que se desarrolló durante la prosperidad estalla en la crisis. El descenso absoluto de la rentabilidad del capital estalla en la crisis: se ha transformado demasiado ingreso en capital y más precisamente en capital constante; la sobreacumulación es sobreproducción y la sobreproducción es sobreacumulación.

A veces Mattick se acerca a esta unificación de la teoría de la crisis: «La concurrencia general conduce así a un crecimiento del capital constante más rápido en relación con el del capital variable [...] Es este mismo proceso el que posibilita la realización de la plusvalía a través de la acumulación sin atender a *las limitaciones del consumo que constituyen su premisa*. La plusvalía se presenta como capital nuevo que, a su vez, produce capital. Este proceso, por muy sin sentido que sea, es realmente el resultado de un modo de producción orientado exclusivamente a la producción de plusvalía. El capital, sin embargo, no puede estar en las nubes interesándose sólo por su propio crecimiento, ya que el mismo proceso encuentra en la tendencia al descenso de la tasa de beneficio su némesis. En un punto determinado de la realización de la plusvalía a través de la acumulación, la acumulación cesa de proporcionar la necesaria plusvalía para su continuación. Es entonces cuando se pone de manifiesto que sin la realización de la plusvalía a través de la acumulación hay una parte de la plusvalía que no puede generalmente realizarse, que la demanda basada en el consumo no es suficiente para transformar en beneficio la plusvalía que encierran las mercancías.» (*Crisis y teoría de la crisis*, pp. 35-36). Sin embargo, dos páginas después, Mattick plantea la siguiente

hipótesis: «Si la plusvalía generada en la producción fuese lo suficientemente grande como para acelerar ulteriormente la acumulación, entonces el consumo acrecentado no sería un obstáculo para la ulterior acumulación, sino que podría aumentar junto con ella» (*ibídem*, p. 36). Cabe señalar aquí que la hipótesis es incoherente debido a las «*las limitaciones del consumo que constituyen su premisa* [la de la acumulación]». Mattick roza a menudo la unificación de la teoría de la crisis, pero el dualismo fundamental en el seno del cual opera siempre le hace dar un pequeño paso atrás cuando cree haber ido demasiado lejos.

Es la cuestión de la «salida de la crisis» la que debemos examinar ahora, pues ésta contiene uno de los principales argumentos de Mattick a favor de la preeminencia de la sobreacumulación sobre la sobreproducción de mercancías vista como un efecto secundario.

Contra la teoría subconsumista, Mattick insiste en que las crisis terminan con un aumento, no con una disminución, de la producción, y que este aumento se debe a una explotación más intensa del trabajo. La realización de la plusvalía se efectúa a través de una reactivación de la acumulación, y Mattick subraya que la resolución de la crisis requiere un mayor desequilibrio entre la producción y la realización del plusvalor, entre la producción y el consumo: «Una parte mayor del trabajo social le ha de corresponder al capital y una parte menor a los trabajadores.» (*Crisis y teoría de la crisis*, p. 33). Este es, para Mattick, el argumento definitivo que descalifica las teorías subconsumistas. En una teoría de la crisis no unificada, el argumento es decisivo.

Es el parámetro c (capital constante) el que hay que examinar, ya que es el operador de la unificación de la teoría de la crisis. La salida de la crisis significa que, en el seno de la propia crisis, se han producido dos procesos: en primer lugar, un aumento de la explotación, es decir, de la tasa de plusvalía (pl/v); en segundo lugar, una desvalorización del capital constante, tanto fijo como circulante (materias primas, etc.), fenómeno al que Mattick no concede toda su importancia⁶. El resultado es un restablecimiento de la tasa de ganancia «por ambos extremos»: aumento de la plusvalía y disminución del valor del capital constante e incluso del capital variable (la crisis ha actuado sobre el nivel de los salarios). La desvalorización de c no tiene límite inferior, pues podemos hacernos con una empresa por un euro o un dólar simbólicos; la disminución de v tiene como límite la simple supervivencia del trabajador. Si c y v se han desvalorizado, la desvalorización de c es mayor que la de v . El resultado no es sólo una caída de $c+v$, sino también un descenso de la composición orgánica del capital, que se ve reforzada por un fenómeno importantísimo de la salida de la crisis: una *concentración* de capital *desvalorizado*. «Una gran parte del capital nominal de la sociedad, es decir, el valor de cambio del capital existente, ha quedado destruido para siempre, aunque precisamente esta destrucción, *toda vez que no afecta al valor de uso* [el subrayado es nuestro], puede fomentar la nueva reproducción.» (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo II, p. 457)⁷. La capacidad del capital de absorber una

6 Mejor dicho, Mattick muestra este mecanismo (*Marx y Keynes*, p. 90) pero sin subrayar el desequilibrio producido entonces, dentro de la crisis, entre la desvalorización de c y la desvalorización de v y, por tanto, su impacto sobre la tasa de ganancia.

7 En el mismo pasaje, Marx aclara antes que la paralización de la producción también puede provocar una destrucción real de capital: máquinas paradas y oxidadas, edificios inacabados, mercancías que se pudren, etc.

determinada cantidad de trabajo, y por tanto de valorizarse, depende de su valor de uso, no de su valor de cambio. El mismo capital puede haber sido dividido por diez, en lo que se refiere a su valor de cambio, y seguir poniendo en movimiento la misma cantidad de trabajo. En el transcurso de la crisis, la desvalorización de las dos fracciones del capital productivo no sigue las mismas leyes: la desvalorización de c es siempre susceptible de ser mayor que la de v .

Ya hemos intentado demostrar que fue la evolución de c (aumento de la composición orgánica) la que identificó la tendencia a la caída de la tasa de ganancia con el subconsumo obrero (y viceversa). La salida de la crisis pasa por el aumento de la tasa de explotación y no por el reparto de dinero a los trabajadores, pero la composición orgánica del capital se ha modificado a favor de v . Se reanuda la acumulación, pero la parte de los ingresos que la sociedad transforma en capital constante ha disminuido. Así pues, la salida de la crisis no pasa, como pretenden los subconsumistas, por un aumento del poder adquisitivo de los trabajadores (lo que presupondría la aberrante situación de que los trabajadores estuvieran en condiciones de volver a comprar una parte del plusvalor que les ha sido extorsionado), sino que la tasa de ganancia se restablece mediante un aumento del plusvalor y una modificación de la composición orgánica del capital, que disminuye la parte de ingresos transformada en capital constante. Así, la desproporción entre el consumo y la producción no queda abolida, pero el restablecimiento de la tasa de beneficio es idéntico al crecimiento, en relación con la producción total, de la parte de los ingresos destinada al consumo.

Resumamos esta larga exposición sobre la teoría de las crisis. El desequilibrio entre la masa de producción (en términos de valor) a realizar y la capacidad de consumo de la sociedad es realmente un desequilibrio, en la medida en que, si la producción no puede ser realizada, es decir, si no puede funcionar como capital adicional (transformado en c y v) con la tasa de ganancia requerida, la razón reside en el subconsumo obrero, es decir, en la disminución relativa y/o absoluta de v (capital variable) en relación con c (capital constante). El mismo fenómeno, el aumento de la composición orgánica del capital, supone, por un lado, una caída de la tasa de ganancia y , por otro, una necesaria disminución estructural del consumo obrero. Esta última, es decir, las relaciones de distribución capitalista, la ley del salario, es definitoria de la ley del aumento de la composición orgánica. El subconsumo obrero (en relación con el valor producido) y el descenso de la tasa de beneficio son absolutamente idénticos. El subconsumo obrero significa la necesidad de aumentar la parte de la producción necesaria para la acumulación en forma de capital constante y disminución del capital variable, es decir, que el propio mecanismo de la acumulación capitalista supone, por definición, un desequilibrio entre la capacidad de consumo de la sociedad y el crecimiento de la producción. Es decir (en otras palabras) que la tendencia a la caída de la tasa de ganancia es sustancialmente idéntica al subconsumo obrero en relación con el crecimiento de la producción de acuerdo con las leyes del capital.

La cuestión de la realización y los problemas de la circulación no son una consecuencia de la tendencia descendente de la tasa de ganancia; el bloqueo de la acumulación provocado por el aumento de una masa de valor a valorizar no es, en otras palabras, sino un desequilibrio creciente entre v y c que alcanza un punto límite en la distribución de la producción entre la parte consumida y la reservada a la acumulación. El crecimiento de esta última, es decir, el aumento de c y el descenso de v , es, por un lado, el proceso mismo de la caída de la tasa de ganancia y , por otro, el desequilibrio

entre la masa de valor producida y la capacidad de consumo de la sociedad según las leyes de distribución del modo de producción capitalista, que no representan otra cosa que el movimiento recíproco de c y v (en la medida en que la sociedad estuviera formada exclusivamente por obreros productivos y capitalistas, lo que, afortunadamente para los devoradores de plusvalía, no es el caso). Este desequilibrio creciente es en sí mismo absolutamente idéntico al crecimiento de la composición orgánica. La crisis provocada por la tendencia a la baja de la tasa de ganancia es, tanto por definición como *por su causa*, una crisis subconsumista que en sí misma viene dada, es decir, que sólo existe porque es tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Estamos aquí más allá de algo que *es y se manifiesta como* (Mattick). Lo que se capta en el plano de la realización no es otra cosa que el aumento de la composición orgánica que, a su vez, no es otra cosa que la resultante del desequilibrio creciente entre v y c , que hunde sus raíces en el crecimiento necesario de la plusvalía que es en su misma causa la disminución de v : la raíz de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

La escasez de plusvalor en relación con la acumulación es abundancia en relación con la realización: no hay primacía. La caída de la tasa de ganancia es la reducción del trabajo necesario en relación con la masa creciente de capital, y la multiplicación de la producción para compensar la caída de la tasa mediante la masa. No producir suficiente plusvalor significa no poder realizar ese plusvalor. En efecto, no se produce suficiente plusvalor, lo que significa que la conversión en c ha sido excesiva, lo que a su vez significa (por definición y simultáneamente) que, de forma absoluta y relativa, el trabajo necesario que regula el consumo de la masa de los productores ha disminuido demasiado de forma relativa y absoluta (no hay relación causal entre ambos; la escasez de plusvalor es idéntica a su abundancia).

La razón última de cualquier crisis real sigue siendo siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas. Esta limitación no es más que —bajo otro aspecto— el crecimiento de la tasa de plusvalor y, por tanto, la caída de la tasa de ganancia. Resulta asombroso constatar que las cuestiones teóricas más fundamentales siempre se pongan en el orden del día en función de los acontecimientos.

Para definir la crisis actual es fundamental producir esta unidad de la teoría de la crisis. La crisis actual es una crisis de la relación salarial, no sólo como capacidad de valorización del capital, sino también como capacidad de reproducción de la clase obrera como tal. Es una crisis de realización, una crisis que existe en forma de subconsumo (que existe y no «se manifiesta como»). Esto se debe a tres razones: la baja productividad, la baja inversión y las modalidades de la explotación de la fuerza de trabajo. Este último punto resume los demás, ya que es la síntesis de todas las características del capitalismo reestructurado. En efecto, es el capitalismo reestructurado el que específicamente ha entrado en crisis. Ya sea que consideremos las transformaciones del mercado de trabajo, las modalidades de explotación de la fuerza de trabajo en el proceso inmediato, la reproducción social y colectiva de dicha fuerza de trabajo, la globalización financiera del capital o la transformación del plusvalor en capital adicional, las contradicciones y los límites que estallan actualmente son los que habían constituido la dinámica del sistema y habían definido las condiciones de su desarrollo. Considerar esta crisis como la lenta culminación de la de principios de la década de 1970, pasa por alto la reestructuración del capital que tuvo lugar, es decir, el cambio de ciclo de luchas.

R. S.

(trad. F. Corriente)